

LA CAMPAÑA DE BOMBONA

Tomado del libro:

LA CAMPAÑA DEL SUR — 1822

Batallas de Bomboná y Pichincha.



Mayor ROBERTO IBÁÑEZ SANCHEZ

Burlando a la escuadra de Lord Cochrane, que creyó el desembarco realista por Manta, el Mariscal de Campo Juan de la Cruz Mourgeón, arribó procedente de Panamá al puerto de Esmeraldas, a mediados de diciembre de 1821, con 800 hombres, elementos de guerra y algunos tesoros. Aymerich, notificado oportunamente de su llegada, le proporcionó los medios necesarios para su viaje a Quito, a donde llegó el 24 del mismo mes en medio del alborozo de la alta sociedad que salió a recibirle con todos los honores.

Ya vimos cómo el espíritu liberal y filantrópico del nuevo Virrey, se manifestó en primer lugar con sus adversarios, mediante la libertad de los prisioneros de Huachi y Quilcacé, a excepción del General Mires por ser español de nacimiento; ahora detengámonos un poco en la actividad política militar que desplegó en Quito.

Como primera medida arregló el gobierno conforme a los mandatos constitucionales a expensas del carácter absolutista de Aymerich, luego refrenó y castigó los abusos e insolencias de los oficiales españoles, llamó al servicio a los esclavos solteros con la promesa de pagarlos a sus dueños, reformó los cuerpos veteranos, organizó las milicias y orientó los asuntos de Estado al respecto de la seguridad individual y propiedad de los habitantes. Además, hizo empréstitos por la plata labrada y algunas alhajas de las iglesias con el objeto de poder atender las necesidades de la guerra; en fin, por

las vías del orden y las leyes liberales españolas, logró formar un buen ejército y simultáneamente captarse el sentimiento popular de los quiteños, abrumados anteriormente por los abusos de Sámano y Aymerich, y las crueldades de Payol, Vizcarra y otros.

Desafortunadamente para los intereses de España, la existencia de Mourgeón en tierras ecuatorianas fue efímera; el trópico, la fatiga del viaje de Esmeraldas a Quito, durante el cual sufrió fuerte caída del caballo fracturándose una pierna, y la noticia de la rendición de las fragatas Prueba y Venganza a los patriotas, minaron su resistencia física y moral, hasta llevarlo a la muerte a comienzos de abril de 1822. Aymerich retornó por consiguiente al mando político militar.

En relación con las fragatas Prueba y Venganza, sus Capitanes José Villegas y Joaquín de Soroa, el 4 de diciembre de 1821 firmaron un convenio en Panamá, con el Coronel Fábregas, por el cual se comprometían a evitar todo acto hostil contra los barcos colombianos y a no dar auxilio a Mourgeón; sin embargo pocos días después, por razones económicas y personales, Villegas se negó a la observancia del convenio, dirigiéndose con las dos fragatas a la costa de Atacamanes, cerca a Esmeraldas, lugar donde encontró la corbeta Alejandro. Los tres barcos siguieron a Guayaquil con el ánimo de bloquear la ría del puerto, pero siendo la situación particular de las tripulaciones desesperada como consecuencia de no haber recibido sueldos y racio-

nes desde hacía mucho tiempo, el 15 de febrero firmaron convenio con la Junta de Guayaquil y el Gobierno del Perú, cuyas cláusulas señalaban la entrega de la corbeta y las dos fragatas a cambio de que se les cancelaran los haberes atrasados que ascendían a 80.000 pesos. La tripulación de la Prueba se sublevó y dio a la vela hacia el Sur, pero obligada por las circunstancias ya descritas, arribó al Callao, donde quedó a disposición del gobierno peruano, siendo bautizada con el nombre de "El Protector". La fragata Venganza permaneció en Guayaquil a donde llegó Cochrane, con el ánimo de adueñarse de ella, so pretexto de 40.000 pesos que le debía el Perú, los cuales fueron sufragados por la Junta de Guayaquil; la corbeta Alejandro se devolvió a su dueño señor Henderson, quien estaba al servicio de Colombia.

Sobre el particular cabe anotar que estas fragatas se rindieron inicialmente a Sucre, pero como éste tuvo que salir a la campaña de Pichincha, dejó encargado de la negociación al Coronel Illingrot, a quien los miembros de la Junta de Gobierno, pusieron toda clase de obstáculos a fin de que la rendición se llevara a cabo con el General peruano Francisco Salazar, embajador de San Martín en Guayaquil.

Hemos iniciado este capítulo deteniéndonos en el recorrido de Mourgeón a Quito y en la situación marítima del Pacífico, que en marzo de 1822 quedó completamente dominado por las ar-

mas independientes; pues tales circunstancias fueron las que determinaron el plan de campaña del Libertador, y las que han dado pie a bolivarianos y antibolivarianos para especular controvertidamente la jornada de Bomboná, desde su misma iniciación.

Sin pretender en ningún momento dar la última palabra en el análisis militar de esta campaña y batalla, sí intentamos presentar un estudio crítico, detallado, juicioso y reflexivo, aun cuando desde luego personal, de todas sus circunstancias particulares y globales; lejos de las morbosas pasiones de Sañudo o Villamizar que todo lo tergiversaron en procura de desfigurar malévolamente la imagen de Bolívar, así como también de Lecuna, Rincón y otro buen número de ciegos admiradores, que lo hacen aparecer como un héroe mítico y fabuloso, cuyas facultades físicas y espirituales distaban bastante de la condición humana; siendo que el Libertador, como lo dice Don Miguel de Unamuno, "era un hombre entero y verdadero, que vale más que ser sobrehombre".

Desafortunadamente nuestra historia política y militar, obediendo al carácter genuinamente tropical de buena parte de sus intérpretes, casi siempre ha estado enmarcada por un extremismo lírico y romántico, de tal suerte que, cuando se ha escrito determinada biografía o suceso histórico, generalmente el autor dejándose llevar por la dimensión heroica de su personaje, lo presenta envuelto en la aureola de la perfección, pasando por alto sus erro-

res, que también forman parte de la gloria humana.

Estudiando en forma general cada una de las campañas y batallas conducidas personalmente por el Libertador y comparándolas a la luz de los principios clásicos de la guerra una con otra, francamente encontramos dificultades para definir su personalidad militar. En la campaña del Bajo Magdalena, deja entrever asombrosa capacidad para explotar la sorpresa y conducir acciones irregulares; en la Campaña Admirable de 1813, se muestra como excelente organizador, con amplia visión de los fenómenos estratégico geográficos, pero al final, por carecer de fuerza popular, es derrotado por las turbas enardecidas de los llaneros de Boves, entre los que figuraban Páez, Rondón y otro buen número de centauros que, después, en las filas de la independencia, constituirían la columna vertebral del triunfo.

Hasta 1819, por razones de orden sentimental, contrariando la prioridad que demandaba el objetivo estratégico político de Santafé, intenta siempre libertar a Caracas, pero derrotado rehace sus fuerzas y dotándolas de extraordinaria reserva anímica, trasmona los Andes en busca del triunfo o de la muerte. Durante el desarrollo de esta campaña, en acto de tanteo erróneo lanza un ataque frontal contra las fuerzas de Barreiro, parapetadas sobre las posiciones inaccesibles de Tópaga, sin otra ventaja que la de hacer al enemigo cruenta demostración del valor republicano; sin embargo, inmediata-

mente después saca todo el provecho de su equivocación, realizando hábil movimiento táctico que le pone en comunicación con las importantes fuerzas guerrilleras del interior del reino, engañando simultáneamente al realista. La batalla del Pantano de Vargas, a la que se vio abocado por la demora de cruzar un obstáculo natural insalvable que, al dejarlo a su retaguardia no le daba otras posibilidades que las de vencer o morir, fue más un acto típico de su genial impaciencia que fruto de calculada apreciación militar; pero de ella obtuvo las herramientas morales necesarias para rematar magníficamente la libertad de la Nueva Granada, con la sorpresa del Puente de Boyacá.

La campaña de Carabobo, es en cambio fruto de magistral y admirable planeación, coordinación y ejecución; sin duda alguna la mejor de todas las realizadas por Bolívar. Una operación por líneas exteriores donde el esfuerzo principal del ejército libertador avanza lenta y cautelosamente desde Barinas, hacia el centro de Venezuela, en busca de un punto conveniente para la concentración de las columnas de los Generales Páez y Urdaneta, que marchaban desde el Apure y Maracaibo, respectivamente. Entre tanto el General Bermúdez toma a Caracas y amenaza la principal línea de comunicaciones del ejército realista, obligando a su jefe a retirar la importante división que cubría los llanos de Calabozo, para reconquistar la capital. Luego, en vísperas de la batalla, otra operación de distracción realizada por el Coronel

Cruz Carrillo, amenaza a Valencia y a Puerto Cabello, y el Comandante expedicionario, con sus tropas concentradas en el campo de Carabobo, tiene que desprenderse de otros dos batallones para conjurar el peligro a su retaguardia. Y cuando está conveniente y favorablemente dosificado el dispositivo adversario, Bolívar avanza hacia él en busca de la victoria. La batalla ofrece igualmente el sabor de una táctica clásica brillantemente concebida y ejecutada; al tiempo que la más débil división republicana presiona frontalmente la organización defensiva del dispositivo realista, el Libertador, con la masa principal golpea el flanco vulnerable de La Torre, para obtener hora y media después de iniciada la acción, el triunfo que dio libertad a Venezuela.

En este breve bosquejo militar del Libertador, antes de llegar contra la agreste muralla de Pasto, encontramos ya contraposiciones inmensas; porque excluyendo a Carabobo, no hay un modelo definido de su criterio. Mas, si nos anticipamos a conceptuar sobre Bomboná, bien podemos afirmar que su temperamento nervioso fue el factor determinante en el planeamiento y conducción de sus operaciones de guerra. Sus extraordinarias dotes políticas y la profundidad de su pensamiento le facilitaron una amplia concepción de la estrategia, campo en el cual realizó maniobras dignas de parangonarse a las de los grandes capitanes del viejo continente; pero en la escena táctica, es decir, cuando estaba colocado frente

al enemigo, su impaciencia generalmente lo condujo a embestir contra él, sin consideraciones de prudencia o cálculo de posibilidades. Bolívar, decía Barreiro a Sámano. "elige siempre posiciones sin salidas para que la desesperación produzca los efectos del valor".

Esta razón, llevándola a la historia militar de las naciones, nos deja ver una lección juiciosa; quizá no haya existido un caudillo que perdiendo tantas batallas hubiera sin embargo ganado la guerra, meta sobre la cual estaba fijo su pensamiento. Esta tipificación de la grandeza militar de Bolívar, coloca su indiscutible genialidad, más en el terreno político que en el de las armas; porque en el primero no ha tenido par en el continente, en cambio en el segundo fue superado por algunos de sus Generales, destacándose especialmente la egregia figura del vencedor de Pichincha y Ayacucho. Por eso la mejor expresión de su genio guerrero la encontramos muy bien definida por su adversario, el Pacificador Don Pablo Morillo, quien en carta al Ministro de Guerra de España, le decía: "Bolívar es la revolución... El es más peligroso derrotado que victorioso".

Particularmente en Bomboná, forzosamente hemos de aceptar que tan penosa y cruenta jornada, fue en primera instancia producto de una situación humana, geográfica y espiritual, fatalmente adversa a la causa patriota, que, con la circunstancia negativa de los antecedentes militares del área, constituyó una especie de reducto infran-

queable a las aspiraciones y capacidad militar del supremo caudillo de la revolución de independencia suramericana. Porque justamente esta campaña, tomándola aisladamente de la de Pichincha, es tal vez, como lo vamos a apreciar más adelante, una de las más desafortunadas de Bolívar; pero que también señala claramente su asombrosa capacidad para soportar los reveses militares y sacar de ellos ventajas, en donde seguramente otros hubieran sucumbido.

Así nos queda fácil comprender cómo, después de que Bolívar, en Cali, había ordenado llevar el esfuerzo principal por Guayaquil a Quito, dos días más tarde, ante una comunicación del General Sucre en la cual le daba cuenta de la expedición de Mourgeón, que podía presentar cierto riesgo para la expedición colombiana en el mar; sin esperar una mayor claridad de la situación, el 7 de enero de 1822, resolvió cambiar sustancialmente la idea estratégica de maniobra.

Contando con reforzarse convenientemente, Bolívar calculaba reducir o rodear a Pasto y avanzar sobre Quito, a finales de marzo. Para lograr este propósito ordenó a Sucre limitar su acción a simples operaciones de distracción sin comprometerse a una batalla decisiva. Esta nueva concepción basada también en su afán por la gloria de libertar a Quito, era bastante peligrosa, como quiera que la batalla más importante y azarosa debía darla contra el sagaz Basilio García y los temibles pastusos, que, de fracasar, colocaba los dos fren-

tes en grave riesgo de ser destruídos. Afortunadamente la colaboración de la división peruana llevó al genial Sucre a comprometerse ventajosamente en pro de la libertad del Ecuador.

Antes de continuar la narrativa de la campaña, detengámonos un poco a examinar las circunstancias ventajosas y desventajosas que desde el punto de vista independiente presentaba cada uno de los anteriores planes, así como de las causas que motivaron la decisión final.

La ruta a Guayaquil era sin lugar a dudas la que deparaba todas las ventajas político militares en pro de la libertad del Sur. Primeramente, aquella provincia respaldada por la presencia de las armas quedaba de hecho incorporada a la República de Colombia, cumpliéndose así las aspiraciones legales de ambas partes. En segundo lugar, la marcha de Guayaquil hacia Quito, a pesar de ser más larga y la ascensión a la cordillera tan áspera como la del Patía y Pasto, ofrecía sin embargo la voluntad y entusiasmo de los serranos, que organizados en guerrillas amenazaban continuamente las líneas de comunicaciones realistas, lo cual facilitaba al ejército libertador el espionaje, proporcionándole simultáneamente apoyo moral y administrativo, aparte del acrecentamiento de sus efectivos a medida que progresara el avance. Completamente opuestas eran las condiciones al norte, donde el enemigo, parapetado en cada uno de los accidentes de la abrupta región, defendía con tenacidad y fanatismo la causa del rey,

y las guerrillas que quedaran a retaguardia cortarían las comunicaciones con Popayán, completando además la obra destructora del mortífero clima del Patía.

El empleo de la temible caballería de la Guardia solo era posible por la altiplanicie ecuatoriana, que también brindaba facilidades para reemplazar el ganado equino.

La desertión sería menor por la ruta del Sur, no solo por el buen control que podía ejercer sobre los reclutas sino por evitar el complejo psicológico que para ellos y aun para los veteranos, representaba la marcha por el Patía y Pasto.

La campaña de Guayaquil a Quito presentaba también la ventaja de conducir una masa respetable, más de 4.000 hombres, contra 2.000 de Aymeric, pues los pastusos no pasarían el Guáitara para reforzarlo, debido a la amenaza secundaria por Popayán. Así, en una sola batalla se ganaría la independencia de todo el Ecuador, con la perspectiva posterior de rendir a Pasto, por la fuerza de las circunstancias. En caso de una batalla desfavorable, el ejército republicano podría rehacerse en la misma región.

Por el Patía en cambio, numerosos combates favorables o adversos reducirían notablemente los efectivos de la Guardia, corriendo ésta el riesgo de ser total o parcialmente destruída antes de llegar a Pasto sin la posibilidad de refuerzo portuno.

Las anteriores razones fueron plenamente conocidas y expuestas por el Libertador, pero ante la situación del Pacífico y de sus mismas tropas que, en reposo o en movimiento eran horriblemente disminuidas por las enfermedades y deserciones resolvió jugarse el todo por el todo por la vía de Pasto, emitiendo para el efecto órdenes a la Guardia para que cambiara la ruta prevista de La Plata, páramo de Las Moras a Cali; por la de páramo de Guanacas a Popayán. Al General Pedro León Torres quien con su división penosamente marchaba por el inhóspito valle del río Dagua a Buenaventura, mandó contramarchar a Popayán. Esta decisión trastornó un tanto la situación económica de la Junta de Guayaquil, ya que el bergantín Ana solo llevó 600 reclutas en apoyo de Sucre, y una goleta, más otras embarcaciones pequeñas tuvieron que regresar vacías.

En Cali, Bolívar, con el ánimo de influenciar psicológicamente todo el ambiente de los pueblos amigos y enemigos, emitió la siguiente proclama: "Colombianos del Sur!

El Ejército Libertador viene a traeros reposo y libertad.

Caucanos! El día de vuestra recompensa ha llegado. El heroísmo de vuestros sacrificios asegura para siempre vuestra dicha: él será el patrimonio de vuestros hijos, el fruto de vuestra gloria.

Pastosos! Habéis costado llanto, sangre y cadenas al Sur: pero Colombia olvida su dolor y se consuela, acogien-

do en su regazo maternal a sus desgraciados hijos. Para ella todos son inocentes; ninguno culpable. No la temáis, que sus armas son de custodia, no son armas parricidas.

Quitesños! La Guardia colombiana dirige sus pasos, hacia el antiguo templo del padre de la luz. Confiadle vuestra esperanza. Bien pronto veréis las banderas del iris sostenidas por el ángel de la victoria" (1).

El Libertador salió de Cali el 23 de enero y llegó a Popayán el 2^a. Durante este tiempo, muchas fueron las dificultades que tuvo que vencer como consecuencia de las enfermedades y epidemias; los hospitales de Cali y Caloto recibían hasta 80 bajas diarias, llegando a tener 1.000, incluyendo los dos médicos ingleses que tenía el ejército. Por otro lado, las deserciones disminuían notablemente las columnas, tanto de la división del General Torres como de las dos de la Guardia, que al fin llegaron a Popayán, el 15 de febrero y el 3 de marzo, respectivamente. La primera compuesta por el batallón Rifles y los escuadrones de Guías, Cazadores Montados y Húsares de la Guardia llegó al mando del General Manuel Valdés y la segunda, integrada por el Vencedores de Boyacá y lanceiros, bajo las órdenes del Coronel Bartolomé Salom. Este jefe, en mérito a sus servicios a la patria y antigüedad en el ejército, fue ascendido a General de Brigada y nombrado Jefe de Estado Mayor del ejército libertador.

Las tropas de la Guardia que recorrieron miles de kilómetros, a pesar de que fueron convenientemente reforzadas y objeto de cuidados y atenciones, especialmente por el Vicepresidente, que les tributó en Bogotá extraordinaria recepción, llegaron a Popayán en lastimosas condiciones de salud, situación que aumentada con la falta de previsión del General Montilla, al enviar municiones de distinto calibre al de los fusiles, vino a exasperar tremendamente al Libertador y a hacer cada vez más crítico el estado del ejército republicano.

Por eso Bolívar, tuvo que acudir a medidas extremas: dispuso un reclutamiento de 700 libres y 300 esclavos en el Valle del Cauca, 300 en el Chocó y 300 en Neiva, los cuales debían conducirse amarrados al Cuartel General. Ordenó igualmente efectuar requisiciones con el fin de proveerse de víveres, vituallas y ganados, y hasta amenazó con pena del honor y de la vida, a algunos oficiales y funcionarios que, humana y moralmente no podían atender totalmente sus demandas, como consecuencia de la miseria de los pueblos y el lamentable estado de arcas y haciendas.

Sin embargo, la actividad de Bolívar y la de sus inmediatos subalternos, así como el superior espíritu de los pueblos, hicieron el milagro de mantener una fuerza respetable y lista para iniciar la campaña. Baste decir que a más de los 600 hombres que en cumplimiento de la anterior orden dio el Valle del Cauca, un mes después, apor-

tó otros 1.000 y organizó un respetable cuerpo de reserva. Tan magnífica muestra de patriotismo contrastaba nitidamente con el sentimiento fervorosamente realista de sus vecinos del Sur, los pastusos, a quienes no ablandó ni las ya mesuradas prédicas del Obispo Jiménez, un tanto conmovido con la correspondencia de Sucre y Bolívar, ni mucho menos las proclamas de este último, en las que puso especial empeño por atraerlos a la causa.

En medio de estas circunstancias, el Libertador, tuvo conocimiento del acta de la revolución de Panamá y del ya mencionado convenio de las fragatas **Prueba y Venganza**, con el Coronel Fábregas. Esta nueva situación alentó una vez más su esperanza de conducir la expedición por Guayaquil. Al efecto envió al Istmo a su edecán personal, el Capitán Daniel Florencio O'Leary, con la misión de agilizar una expedición de 1.000 hombres a Guayaquil y dio otras instrucciones al Coronel Muñoz y al General Santander. Desafortunadamente días más tarde, notificado de que las fragatas españolas habían vuelto a hostilizar los barcos patriotas en el Pacífico, desistió de este plan, concentrándose definitivamente a preparar la marcha por el Patía. Cabe sin embargo aclarar que el Libertador se precipitó en tomar tal decisión, ya que de haber esperado un poco más de tiempo, la noticia de la rendición de estas fragatas al gobierno de Guayaquil, le habría proporcionado la realización del plan original y consecuentemente evitado la sangrienta batalla

de Bomboná. Tal aseveración cobra mayor fuerza si se tiene en cuenta que el Almirante Lord Cochrane ejercía completo dominio del Pacífico.

A pesar de todo, queriendo evitar los inmensos sacrificios que iba a deparar la campaña, dadas las condiciones en que tenía que desarrollarse, Bolívar, acudió a todos los medios a su alcance para convencer a sus enemigos de la inutilidad de la resistencia y dispuso otras medidas tendientes a aumentar sus fuerzas y recursos. En cuanto a lo primero envió a Bogotá a su edecán Medina, con instrucciones al Vicepresidente Santander y al Ministro Gual, para que produjeran determinados documentos tendientes a engañar a Don Basilio García y a Melchor Aymerich respecto a la situación de España y Europa. Estos fueron muy bien conformados a través de los siguientes papeles: oficio del Mariscal de Campo Don Miguel de La Torre al General José Antonio Páez, avisándole la demanda de paz del gobierno de Madrid que enviaba al efecto un comisionado; nota del secretario del Libertador al gobierno de Bogotá, manifestándole la complacencia del Presidente por la negociación; oficio del Ministro Revenga a la delegación colombiana en Madrid, informándole de una mediación armada de Portugal, Inglaterra y Francia, entre América y España; y, un oficio de Francisco Antonio Zea a Bolívar, desde París, dándole razones de sus gestiones de paz.

En cuanto a los preparativos directos de la campaña y además con el fin de

evitar la epidemia de las tropas concentradas en Popayán, Bolívar ordenó a la división del General Torres, adelantarse hasta el Tambo, saliendo el batallón Bogotá el 9 de febrero y cuatro días más tarde el Neiva y el 2º escuadrón de Guías. Estos cuerpos que estaban integrados totalmente por granadinos, en mérito a su trayectoria heroica fueron incorporados a la Guardia; el batallón Neiva cambió su nombre por el de Vargas. He aquí los documentos respectivos:

“Teniendo en consideración el distinguido mérito, que ha contraído el batallón Bogotá, en la libertad de Cundinamarca, contribuyendo gloriosamente a élla, y sosteniendo su reputación de intrepidez, valor y disciplina en la campaña del Sur, he venido en decretar lo siguiente:

1º El batallón Bogotá se incorporará a La Guardia y pertenecerá a la segunda brigada de infantería de élla, conservando su ilustre nombre de batallón Bogotá.

2º Este decreto se insertará en la orden general del ejército, y se comunicará a quienes corresponda.

“Teniendo en consideración el distinguido mérito, que ha contraído el batallón Neiva en la acción de Pitayó, donde se ha comportado con la mayor audacia e intrepidez, acreditando después en la campaña del Sur valor, pericia y disciplina, he venido en decretar lo siguiente:

1º El batallón Neiva queda incorporado a la Guardia y pertenece a la segunda brigada de infantería de ella, en reemplazo del batallón Vargas.

2º De hoy en adelante se llamará batallón Vargas, cuyo glorioso nombre conservará siempre, en memoria de tan célebre jornada.

3º Este decreto se insertará en la orden general del ejército, y se comunicará a quienes corresponda" (2).

También dispuso el Libertador, que el Coronel Jacinto Lara, regresara a Bogotá, con el objeto de conducir 2.000 hombres y todo el dinero que pudiera darle el Vicepresidente de la República; empero la extrema pobreza y sacrificios de los pueblos de la Nueva Granada impidieron cumplir a cabalidad las anteriores órdenes; así lo expuso Santander a Bolívar el 28 de enero:

"El Secretario del Despacho de la Guerra me ha instruido de una comunicación del Secretario de V.E. que le dirigía en 7 del corriente, reducida a manifestar la necesidad en que V.E. se hallaba de emprender las operaciones militares por el lado de Patía y Pasto, los temores que le inspiraban su mortífero clima, su escasez, y las posiciones ventajosas de que podía aprovecharse el enemigo, concluyendo con encarecer al Gobierno la necesidad de mayores auxilios, V.E. debe calcular la agitación que tal comunicación debe haber producido en mí en circunstancias en que me consolaba con que los costosos esfuerzos hechos desde julio para adelante bastarían a libertar la

parte dominada por los enemigos y darían un alivio a las provincias que las han verificado. V.E. sabe que desde julio se han llevado 5.000 o más reclutas al Sur; que si se han enfermado, muerto o desertado, el Gobierno tuvo que sufrir las quejas de esta medida, y los pueblos los han perdido: que V.E. recogió cuantos medios pecuniarios tenía el Gobierno y lo dejó empeñado con un empréstito y con la renta de diezmos: y en fin, que V.E. ha visto y palpado las dificultades para hacer de presto un esfuerzo semejante. Pero no sabe V.E. que las leyes de Hacienda que deben producir el tesoro de la Nación nada pueden dar actualmente, que los empleados no han podido ser satisfechos de sus nuevos sueldos por falta de numerario, y que los empeños que diariamente tiene que contraer el Gobierno me ciegan de día en día las pocas fuentes de los recursos. Hombres y dinero pide el intendente de Venezuela; hombres y dinero el del Zulia; hombres y dinero el del Magdalena; y hombres y dinero, todos los jefes que temen una nueva expedición española. Deduzca V.E. cuáles serán mis embarazos actuales y el sentimiento de ver que la experiencia va confirmando mis denuncias de que no era yo el hombre de que Colombia tenía necesidad" (3).

Pero el dinero que no pudo suministrar el Vicepresidente, lo dieron las familias ricas de Popayán; el Doctor José María Mosquera consignó en la Tesorería de Guerra \$ 80.000 en onzas de oro.

Ante el sinnúmero de inconvenientes que prestaba la ruta escogida, el jefe republicano concibió desde un comienzo la maniobra por el flanco occidental de Pasto, a fin de evitar el combate con la 2ª división realista en condiciones desventajosas, y lograr operar directamente sobre Quito, en combinación con el General Sucre. Al efecto, ordenó que el Coronel José María Córdoba o quien mandara la expedición de Panamá, desembarcara en Buenaventura y amenazara por la vía del Tablón y Buesaco a Porto; disposición que no se cumplió, como quiera que el bizarro granadino navegaba rumbo a Guayaquil.

A pesar de la anterior idea, el Libertador pensó por un momento salvar su reputación y gloria militar, encomendándole la empresa de atacar a Pasto, al General Manuel Valdés, quien resentido por el suceso de Jenoy, deseaba la revancha. Bien sabía Bolívar que tal expedición estaba llamada al fracaso, pero su nombre jugaba también papel importante: "Usted preguntará, le escribía a Santander, que por qué mando a Valdés si va a ser destruido? y yo le responderé que por la misma razón que pasé el páramo de Pisba contra toda esperanza" (4).

La anterior determinación fue momentánea porque sobreponiéndose el hidalgo español que latía en su sangre sobre los rasgos ególatras de su carácter, resolvió arriesgándolo todo en persona, ordenar que la división de Valdés se adelantara a reunirse con la de Torres, mientras él, una vez concentrados

otros cuerpos de reclutas y veteranos que venían en marcha, les alcanzaría antes de pasar el torrentoso Juanambú. Ya lo había advertido a Santander: "voy a dar un combate más aventurado que el de Boyacá, y voy a darlo de rabia y de despecho, con ánimo de triunfar o de no volver" (5).

La situación de las fuerzas realistas del Capitán General Don Melchor Aymerich y del Coronel Don Basilio, era mucho más clara: a pesar de que desconocían la dirección del esfuerzo principal del ejército republicano; que podía realizarse simultáneamente por varios ejes geográficos, desde luego apoyado con operaciones de distracción. Los siguientes eran los más probables: de Popayán por el Patía y Juanambú a Pasto; de Guayaquil por la vía de Guaranda a Riobamba y del Perú por Loja y Cuenca a Riobamba. Estos dos últimos en caso de entendimiento de las autoridades guayaquileñas y peruanas, podrían efectuarse coordinadamente, buscando un punto de reunión al sur u occidente de Riobamba.

Naturalmente la posición por líneas interiores de Pasto y Quito, daba a estos dos núcleos de defensa realista, la posibilidad de apoyarse mutuamente; pero desligándolos un poco uno a otro, como quiera que la probabilidad inminente era un ataque simultáneo por el Sur y el Norte, la situación de Aymerich era más difícil, ya que se encontraba dominando toda la meseta de los Andes ecuatorianos, con su dispositivo disperso y en un medio palpablemente hostil a la causa española. El

Coronel Basilio García, por el contrario, en Pasto se preparaba convenientemente y a cubierto de cualquier sorpresa; las avanzadas guerrilleras de los patianos, pese a la defección de Obando, en su mayoría le permanecían fieles, y el espíritu fervoroso y heroico del pueblo pastuso acudiría a la defensa de su rey, aprovechando las inexpugnables posiciones del Juanambú en el Tablón de los Gómez, considerado en ese momento como la ruta más probable del avance colombiano.

Veamos quiénes eran los jefes y fuerzas disponibles de la 2ª división realista en Pasto, a la cual iba a enfrentarse el ejército libertador, conducido por el propio Bolívar:

“Comandante General (2ª división), Coronel Don Basilio Modesto García.

2º Comandante General, Coronel Don Manuel de Viscarra.

Jefe de Estado Mayor, Teniente Coronel Don Pantaleón Hierro.

2º Jefe del batallón Aragón, Teniente Coronel Don Miguel Retamal.

2º Jefe del batallón Cataluña, Teniente Coronel Don Ramón Castilla.

Comandante de Cazadores de Cádiz, Capitán Don Manuel Taboada.

Jefe de Milicias de Pasto, Coronel Don Ramón Zambrano.

Jefe del Escuadrón Invencible, Teniente Coronel Don Estanislao Merchancano.

Ayudante del Comandante General, Capitán Luis Pastos.

Secretario del Comando General, Capitán Don Francisco Alen.

Cuerpos	Cía.	Ofi.	Hom.
Batallón Aragón	3	10	260
Batallón Cataluña	2	5	175
Cazadores de Cádiz	2	5	200
Milicias de Pasto	7	20	600
Escuadrón Invencible	2	8	200
Milicianos de Túquerres	2	4	150
	18	52	1.585(6)

Aun cuando anteriormente ya hemos descrito parcialmente el área de operaciones de la penosa campaña de marzo y abril de 1822, vamos ahora a tratar de conformarla con mayores detalles, a fin de que el lector pueda comprender claramente el por qué de todos sus incidentes.

La zona está delimitada al norte por el río Juanambú, al occidente por el Guáitara, al sur por el Bobo y al oriente por la laguna de La Cocha y el cerro del Bordoncillo; semeja una especie de triángulo isósceles cuyo ángulo agudo apunta hacia el noroeste con dirección al Pacífico.

En el sentido vertical, bien pudiéramos decir que esta área triangular forma la base de una pirámide escalonada cuya cúspide es el cráter del volcán de Galeras, con más de 4.200 metros de altura, del que bajan cortando la naturaleza y dándole a esta aparente figura geométrica muchos lados, infinidad de ríos y quebradas buscando estrepitosamente los profundos cauces del Guáitara y del Juanambú, que corren a menos de 1.000 me-

tros sobre el nivel del mar. Cada uno de estos compartimientos transversales y longitudinales tienen variadas formas: desde amplias y fértiles sabanas como aquella donde se asienta la ciudad de Pasto, hasta cerros inaccesibles y abismos insondables que a manera de verdaderas murallas, dificultan hoy las comunicaciones y el tránsito de aquella época lo hacían solamente posible por el camino real a Popayán y Quito, quedando desde luego a expensas de los salteadores que pululaban el valle del Patía, sin contar además con que los puentes construidos sobre ríos y quebradas eran pasos obligados aun para tropas a pie. Cabe anotar que el Juanambú únicamente ofrecía paso por el Tablón de los Gómez, Guambuyaco y Burreros, y el Guáitara comunicaba la provincia de Pasto con la de los Pastos solamente por el Puente de Ales o Veracruz y el Yacuanquer.

La cubierta y vegetación ofrece bastantes contrastes; en las mesetas y sabanas abundan los árboles y productos de clima frío como el sauce, los cereales y la papa, que en su conjunto dan maravillosa apariencia a los campos; el río Pasto, que corre hacia el norte buscando el Juanambú, sigue por entre planos inclinados carentes de vegetación crecida, pues la naturaleza solo está cubierta de prados, pastales y algunas manchas de arbustos. En las zonas bajas abundan los bosques que por entonces tendrían características selváticas; pero los cauces del Juanambú y el Guáitara, así como de la mayoría de cascadas que bajan del Gale-

ras, por estar cortadas a pico, apenas muestran una naturaleza estéril aun cuando imponente.

El clima de las mesetas que rodean el Galeras es frío y saludable, no así en la cuenca de los dos grandes ríos que lo circundan a sus pies, donde la humedad lo hace malsano. Por esta razón la población está concentrada en las partes altas, formando alrededor del volcán y de la ciudad de Pasto, una especie de rosario de corregimientos indígenas caracterizados por varios ranchos, para la época pajizos, alrededor de una iglesia de tipo español que es la edificación más destacada de cada uno de ellos. A comienzos del siglo pasado, Pasto, tendría escasos 10.000 habitantes, pero como los rancheríos circundantes estaban también influenciados por el núcleo urbano principal, toda la región sumaría unas 30.000 almas. De estos últimos los siguientes eran los más importantes, tomándolos en el sentido circundante de las manecillas del reloj: Matituy, Chachagui, Buesaco, San Ignacio, La Laguna, Catambuco, Yacuanquer, Consacá, Mambuco, Chaguarbamba, Jenoy y Anganoy; un poco más distantes formando una especie de portal de entrada al área, en el ángulo que forma el Juanambú y el Guáitara, estaban Tambopintado y el Peñol.

El hoy próspero municipio de Sandoná, era solo una pitoresca hacienda perteneciente a la comunidad de monjas vicentinas de Pasto, provista de clima templado y excelentes frutos. Al sur de este sitio encontramos el

corregimiento de Consacá, separado de las alturas de Cariaco por la sabana de Bomboná, cortada a su vez por los ríos Azufral y Cariaco, área de la cual nos ocuparemos en detalle cuando entremos a la descripción de la batalla.

Desde el cerro que actualmente se conoce como de García, al norte de Tambopintado, se aprecia en toda su hermosa imponente el valle del Patía, con aspecto de color amarillento manchado de pintas verdes, por medio del cual corre el río del mismo nombre. De sur a norte mide más o menos 20 leguas por unas dos o tres de ancho y está enmarcado por elevadas crestas y montañas a cuyos pies corren los ríos y quebradas afluentes. En el fondo o sea sobre el cauce principal, en seguida de la tremenda Hoz de Minamá, entre las serranías del Castigo y los talados cerros que se alzan entre Sombrerillos y el río Mayo, se encuentra la Meseta de Mercaderes, rodeada en sus bases por el Patía, el Mayo, el San Jorge o Dosríos, y el Hatoviejo. Esta meseta, cortada por varias partes, presenta escarpados barrancos causados por la erosión, especialmente en la parte norte, lugar donde el Patía empieza a ser relativamente navegable por embarcaciones menores. Más al norte se encuentra la arrugada comarca del Bordo, a la que siguen cerros y lomas talados por agrestes valles, que terminan a su vez por levantarse para formar la Cuchilla del Tambo, límite suroccidental del hermoso valle de Puvenza, asiento de la ciudad de Popayán.

La profundidad a que se halla el Patía con relación a las cordilleras que lo enmarcan, los gélidos vientos que soplan de las altas cumbres cubiertas a veces por la niebla, lo anegadizo de las orillas de los ríos y en fin la cálida temperatura que se registra en sus riberas, hace que este paraje sea extremadamente malsano, apenas vivible por gentes de raza negra, zambos y mulatos que son prácticamente los únicos que lo han habitado. En este lugar a la par que se dan algunos frutos como la caña de azúcar, el cacao, el maíz y el plátano, también abunda la langosta, insecto que en cada una de sus peregrinaciones causa en las sementeras destrozos increíbles.

El patiano aun cuando es de distinta procedencia étnica del llanero, se semeja mucho en sus costumbres, como vive principalmente de la ganadería ha hecho del caballo su mejor amigo; también frecuenta la pesca y la caza.

La región de Pasto, por el sur limita con la de los Pastos, la cual está compuesta por la llanura de Túquerres e Ipiales de 20 leguas de ancho con una altitud de 3.000 metros sobre el nivel del mar, dividida por una ondulación del suelo en dos porciones y enmarcada al noreste por el río Guáitara, al occidente por el cerro Azufral y al sur por las elevadas cumbres de Chiles y Cumbal. Es una región fría y húmeda pero de clima saludable; hablando de ella decía el Coronel Vicente González a Santander: "Pero que distinto es lo demás de estos pueblos, desde Túquerres que es el primero de los Pastos,

no se encuentran sino campos hermosos, en donde la naturaleza prodigó sus obras y en donde la mano del hombre ha embellecido el suelo como ninguno de Colombia. Habitadores muy amables, muy patriotas, muy hospitalarios, solamente se encuentran aquí" (7).

Como se puede apreciar hay necesidad de distinguir completamente la provincia de Pasto de la de los Pastos, pues esta última era acendradamente independiente.

Pasando nuevamente al terreno de los hechos, Bolívar, enterado de que el General Sucre había recibido auxilios del Perú e iniciaba por Cuenca, operaciones contra Aymerich, salió el 8 de marzo de Popayán hacia el Tambo, lugar donde estaba el ejército libertador. De este sitio el día 11, se inició la penosa marcha de aproximación al Sur, en el siguiente orden: descubierta bajo el mando del Teniente Coronel José María Obando, jefe que además de conocer palmo a palmo la región podía con su influjo atraer a la causa a los terribles patianos, como parcialmente ocurrió; seguía después el batallón Bogotá a órdenes del Teniente Coronel Joaquín París, el Vargas del Teniente Coronel graduado Pedro García y el escuadrón de Guías, unidades que constituían la primera división al mando del General Pedro León Torres; luego venía la segunda división del General Manuel Valdés con los batallones Rifles del Teniente Coronel Arturo Sanders, Vencedores del Teniente Coronel José I. Pulido

Leticia Ltda.

Tejidos

♦ PAÑOS

♦ MANTAS

♦ RUANAS

♦ PONCHOS

♦ HILAZAS

DE

LANA

MEDELLIN
BOGOTA
CALI

y los escuadrones 1º de Guías del Teniente Coronel Calderón, Cazadores del Teniente Coronel Juan José Flórez, Húsares del Coronel Laurencio Silva y Lanceros de la Guardia del Teniente Coronel José de la Cruz Paredes.

El 14 de marzo las fuerzas patriotas alcanzaron Yeguas, el 15 el Patía, el 16 Miraflores y el 19 Mercaderes; el 21 cruzaron el río Mayo por el puente y al siguiente día, después de haber desechado la ruta frontal por Berruecos y el Tablón de los Gómez, por donde había atacado Nariño 9 años antes, acampó todo el ejército en Taminango, frente al río Juanambú que en este sitio toma el nombre de Guambuyaco, donde esperaban las primeras avanzadas enemigas.

La decisión de evadir el camino de Berruecos, ruta fortificada y bien defendida por Don Basilio García, como quiera que esperaba el ataque en esta dirección, fue por demás acertada; evitó que este jefe saliera a defender el sitio de Burreros, por donde cruzó el ejército libertador el 24 de marzo, sin más combate que una breve escaramuza para dispersar una guerrilla realista, llegando este mismo día al pueblo del Peñol, rico en agricultura.

Desafortunadamente en el tránsito por el valle del Patía, todos los cuerpitos tuvieron que dejar numerosos enfermos, razón que obligó al Libertador a organizar hospitales provisionales, defendidos por pequeños destacamentos de caballería, que además tenían la misión de recolectar víveres y garantizar la retirada del ejército. El Te-

niente Coronel Laurencio Silva, quedó en el Peñol; el Mayor Pablo Conde y el Capitán Tomás Cipriano de Mosquera, en Taminango; el Teniente José de la Cruz Paredes, en Mercaderes; el Mayor Segura, en Miraflores y el Capitán Francisco Luque, en el Patía. Estas medidas de seguridad adoptadas inteligentemente, a la par que muestran el sentido preventivo del jefe republicano, señalan también su enorme desconfianza con relación al feliz éxito de la campaña.

El estado del camino sobre las rocas del Juanambú, demoró varios días el paso del ejército patriota, de suerte que solo el 1º de abril reinició la marcha desde el Peñol. Mientras tanto Bolívar, con el fin de engañar a Don Basilio García y lograr que los pastos se retiraran a sus casas, propuso a este un armisticio de 8 a 15 días, el que fue aceptado por el realista a condición de que los republicanos repasaran el Juanambú.

El 2, atravesando la quebrada de Molinos de Aco, el ejército libertador acampó en Cerro Gordo, a la vista de las fuerzas enemigas de exploración, parapetadas en Tambopintado. Al día siguiente, descansó en este último sitio del que se retiraron los realistas sin ofrecer resistencia y el 4 alcanzó el borde del estribo de la meseta de Chaguarbamba, frente a Jenoy, donde había organizado el Coronel García la defensa con el grueso del ejército realista.

Hasta allí había perdido Bolívar, entre enfermos y desertores, más de

800 hombres, es decir sus efectivos apenas alcanzaban a 2.000.

LA BATALLA

No sobra recalcar el hecho de que la geografía del teatro de guerra del Sur y el espíritu del pueblo pastuso, constituyó el más poderoso obstáculo para la coordinación de esfuerzos entre los ejércitos libertadores de Bolívar y Sucre, en sus proyecciones sobre Pasto y Quito. El enlace militar que supuestamente algunos historiadores dan a Bomboná y Pichincha, apenas pudo existir en relación con la época de la iniciación de operaciones y naturalmente con los posteriores resultados de cada batalla; pero en cuanto hace a la regulación en la conducción de la campaña como un todo, y a la sincronización de movimientos de los dos ejércitos en busca de sus objetivos estratégico-políticos, el aislamiento fue total, pues una vez empeñados contra el enemigo, ninguno de ellos pudo conocer la situación del otro. Es más, si nos circunscribimos a la columna de la Guardia que avanzaba sobre Pasto, vemos cómo fue vulnerada anímicamente con el falso rumor esparcido por el Coronel Basilio García, respecto a una derrota de Sucre. Esta circunstancia nos hace comprender mejor el por qué de la impaciencia y descontrol del Libertador y consecuentemente la razón de sus decisiones poco afortunadas.

La cruenta batalla de Bomboná o Cariaco, tuvo indiscutiblemente sus orígenes tácticos en la decisión tomada

por Bolívar, el 4 de abril de 1822, cuando concentrado su ejército en Chaguarbamba y el realista organizado defensivamente sobre las posiciones de Jenoy; en lugar de atacar, resolvió, como lo tenía previsto desde Mercaderes, esquivar el combate e intentar pasar el río Guátara, hacia la provincia de los Pastos.

Haciendo una apreciación de la situación militar del momento, estos dos cursos de acción eran los únicos que el jefe del ejército republicano podía seguir y presentaban como es natural, conveniencias e inconveniencias en las que vamos a detenernos brevemente.

Del primero, o sea del que pretendía el ataque contra la posición de Jenoy, hemos de decir que si bien el dispositivo del ejército realista estaba protegido por accidentes naturales plenamente identificados con los más elementales principios de la táctica defensiva, podía con relativa facilidad ser flanqueado y en ninguna forma presentaba los inconvenientes topográficos que eventualmente podían encontrarse más adelante, en el camino por Sandoná, hacia Veracruz o Yacuanquer. Ya vimos que si Valdés no pudo obtener el triunfo el año anterior, fue por la absoluta desorganización del ataque y falta de ímpetu en el asalto final; pero ahora que las tropas de la Guardia superaban en número y calidad a las del año 21 y que algunos jefes conocían el terreno, era de esperar con mayor razón el éxito. Además, esta sola batalla podía decidir la caída de Pasto y en caso de ser adversa, daba

la posibilidad de un repliegue al norte del Juanambú, plenamente garantizado por el escuadrón de Lanceros de la Guardia y los voluntarios del Capitán Tomás C. de Mosquera.

Cuanto a las desventajas, quizá la más importante era el hecho de que esta posición permitía al realista contar con todo el concurso de los valientes y leales pastusos.

La segunda línea de acción, aparentemente señalaba algunas ventajas para las fuerzas de la República, tales como la de ir a combatir a una región adicta a la causa independiente y de muchos recursos, donde el realista apenas podría presentar las tropas regulares, inferiores cualitativa y cuantitativamente; y en la eventualidad de que el jefe español no pudiera o no quisiera presentar allí combate, quedaba la vía expedita para operar sobre Quito, cuya caída generaría necesariamente la de Pasto. Como desventaja significativa se señalaba la de avanzar por una región desconocida y hostil, que aumentaría las penalidades del ejército libertador y disminuiría en mayor proporción sus efectivos.

Pero por sobre todas las anteriores consideraciones, la circunstancia que primaba fundamentalmente era la de lograr el paso del río Guáitara, por cualquiera de sus dos partes, situación que obviamente dependía del criterio y habilidad militar del jefe realista.

Desafortunadamente para el ejército libertador, el Coronel Don Basilio García, fue quizá el oficial español que mejor logró acomodarse al ambiente

táctico estratégico de la guerra de independencia y por consiguiente, contando con el concurso de la población civil y de su personal conocimiento del área operacional, pudo adoptar eficaces medidas para contrarrestar las intenciones de Bolívar. Con anticipación ordenó destruir el Puente de Ales, y colocó allí una fuerza suficiente para evitar el cruce del río; de tal suerte que él, en Jenóy, sabía que si no era atacado, tendría una mejor oportunidad de contener a las fuerzas independientes sobre los profundos y escarpados cortes de los numerosos ríos y quebradas que descienden del lado occidental del volcán de Galeras, hacia el Guáitara, entre los que se destacan el Azufral y Cariaco y las quebradas Careperro o Magdalena, Honda, Calidonia, Argüello, La Guaca, etc., "verdaderos castillos inexpugnables, donde 100 o 200 hombres son suficientes para detener un ejército de 8.000".

El Coronel Manuel Antonio López, hace recaer la culpabilidad de esta errada decisión de Bolívar a un Teniente de apellido Alvarez, presumiblemente Mariano, natural de Popayán, quien desde la derrota de Valdés, había quedado en el área disfrazado de sacerdote: "Llegó donde estaba el Libertador, dice el citado autor, y éste se puso a examinarlo minuciosamente; y por los informes que le dio del enemigo, de la posición que ocupaba, las tropas que tenía y seguramente otros datos de importancia, varió en el acto de la resolución que tenía to-

mada, de atacarlo ese mismo día en Jenoy, donde estaba situado" (8).

Resumiendo la anterior situación, podemos decir que Bolívar, en Chaguarbamba, al evitar el ataque contra el realista en Jenoy, con perspectivas de éxito, sobrepujó la incierta posibilidad estratégica de lograr la libertad de Quito, a la inminente realidad táctica de terminar con la resistencia de Pasto. A tamaño error, hay que abonarle sin embargo, el hecho de que el Libertador desconocía tanto el terreno como la capacidad militar de su adversario, pues sus victorias de Boyacá y Carabobo las había obtenido en buena parte, gracias a la pobreza de criterio militar de sus rivales Barreiro y La Torre.

Con las anteriores circunstancias de planeamiento, el ejército libertador, el 5 de abril reinició la marcha desde Chaguarbamba, hostilizado por algunas guerrillas realistas a las que tuvo que combatir y dispersar varias veces el Teniente Coronel Joaquín París, con su batallón Bogotá, encargado de garantizar y asegurar el movimiento; la columna siguió por el trapiche de Matacuchos y acampó en la hacienda de Sandoná.

Al día siguiente se continuó la marcha hacia el Sur, con nuevas maniobras guerrilleras sobre la retaguardia independiente, ocupada ahora por el batallón Vencedor, el cual las atacó, dispersó y persiguió por más de una legua; al anochecer, la columna acampó en el corregimiento de Consacá, perteneciente entonces al pueblo de Matituy. El

Libertador junto con el batallón Bogotá, se adelantó hasta la hacienda de Bomboná, cuyo propietario era un oficial realista de Pasto. En el camino habían quedado varios enfermos, entre ellos el Teniente Coronel José María Obando, en el sitio del Tambillo.

Atento al movimiento de los independientes, el Coronel Basilio García dejó la defensa del campo de Jenoy encomendada al escuadrón Invencible y él, aprovechando un sendero indígena solamente conocido por los pastusos, el cual, partiendo de Jenoy, pasaba por las estribaciones occidentales del Galeras, sitios del Buitrón y San Antonio al Alto de Churupamba, desde donde se domina completamente el panorama del campamento de Veracruz, Consacá, Bomboná, Cariaco y el Guáitara, se encaminó a detener a Bolívar. Sus intenciones probablemente eran las de organizarse defensivamente sobre la escarpada e inaccesible cuenca del río Azufral, margen Sur, pero avisado de que los republicanos ocupaban a Consacá, pasó a la hacienda de Cariaco, para aprovechar el no menos cortado cauce de este río.

Quienes escriben y critican en base a documentos, sin conocer el terreno de los hechos, sostienen que la ruta que siguió el Coronel Basilio García, fue el camino real de Jenoy a Pasto y Yacuanquer, el cual bordea por el oriente el Galeras; recorrido perfectamente absurdo en razón a la situación imperante. De haberlo realizado, el realista habría perdido contacto con las fuerzas de Bolívar, quien hubiera te-

nido suficiente tiempo y espacio para alcanzar el puente de Yacuanquer. Por el primero en cambio iba dominando a los republicanos y manteniendo el contacto a través de las guerrillas destacadas con la misión de demorar su movimiento (9).

El 6 de abril, desde el campamento de Veracruz, enterado Bolívar, de la destrucción del Puente de Ales y sin otra vía que la de Yacuanquer, tuvo oportunidad de reconocer perfectamente el terreno. Veamos cómo se domina el campo desde este sitio:

La zona que sirvió de escenario a la más cruenta batalla de la guerra de independencia, es una meseta ligeramente inclinada, como si fuera el más bajo peldaño de la pirámide escalonada del Galeras, antes de precipitarse verticalmente al Guáitara; está delimitada al oriente por las estribaciones del volcán, al sur por las alturas de Cariaco, al occidente por el abismal cauce del Guáitara, y al norte por la quebrada Changota, dominada en sus inmediaciones por el puesto de observación de Veracruz. Tiene una extensión aproximada de 4 kilómetros de Sur a Norte y de Oriente a Occidente, en su parte más ancha unos 3. Mirando hacia el sur, la planicie está cortada en el centro por el río Azufral y al fondo por el Cariaco, los cuales nacen en el Galeras y corriendo por zanjones profundos llevan de oriente a occidente sus aguas al Guáitara. Su altura aproximada es de 1.500 metros sobre el nivel del mar, con una temperatura agradable de 20 grados centígrados; el

clima por tanto es saludable aun cuando un poco húmedo..

En la región durante el mes de enero predomina un verano tenue que los habitantes llaman veranillo; en los meses de febrero, marzo y abril arrece la lluvia, para dar campo al verano que comienza en mayo.

En la sabana predominan los cultivos con ligeras manchas de árboles, especialmente al pie de la hacienda de Bomboná, pero en los cauces del Azufral, Cariaco y otras quebradas de menor consideración, así como en las alturas que a manera de estribaciones descienden del Galeras, la vegetación es más densa y permite un encubrimiento perfecto.

El antiguo camino, de Veracruz bajaba a Consacá, atravesaba penosamente la cuenca del río Azufral y por el centro de la planicie llegaba a la hacienda de Bomboná, para buscar, al fondo del paisaje, el cauce del río Cariaco, ascender a la hacienda del mismo nombre y continuar en ascenso todavía más pronunciado y largo hacia los cerros de San Rafael, La Guaca, Chapacual y el pueblo de Yacuanquer. En el ángulo suroccidental de la meseta, la escarpada cuenca del río Cariaco, aguas arriba se interna entre las estribaciones del Galeras, por un zanjón de permanente ascenso conocido con el nombre de La Leonera, el cual separa los cerros de Piquirco, de los de Jusépe y Catambuquillo, zona bastante enmarañada y de difícil aun cuando no imposible acceso.

El profundo tajo del Cariaco, solamente podía cruzarse por el camino; el puente construido sobre su lecho con madera terraplenada, media vara y media de ancho, es decir, únicamente daba paso a dos hombres de frente (10). La pared sur del cauce estaba cubierta por un espeso bosque, que además de esconder el dispositivo realista, le dio oportunidad para construir abatidas de árboles y hacer ya no difícil el cruce de este obstáculo, sino perfectamente imposible desde todo punto de vista táctico. Más hacia el occidente, a medida que las aguas corren hacia el Guáitara, sus riberas van adquiriendo dimensiones tremendas, hasta formar un cañón que a la sola vista produce sensaciones de vértigo.

Por las anteriores circunstancias de terreno, la segunda división realista de Pasto, aun cuando no llegó al área sino hasta un poco antes del mediodía de aquel domingo de pascua florida, 7 de abril de 1822, pudo con todas las comodidades y ventajas, organizar una posición defensiva perfectamente invulnerable por su frente y flanco izquierdo, de la siguiente forma: dos compañías del batallón Cataluña, reforzado con otras dos de milicias de Pasto, a órdenes del Teniente Coronel Ramón Castilla, sobre el cerro de Catambuquillo, protegiendo el flanco derecho; el batallón Aragón con las restantes compañías de Pasto y dos cañones dirigidos por el secretario del Obispo de Popayán Presbítero Félix Liñán, que dieron protegiendo el camino sobre la

margen sur del Cariaco, bajo el mando del propio Coronel Basilio García.

En cuanto a los efectivos y batallones realistas que concurrieron a esta acción, conviene aclarar que el parte de batalla del jefe español únicamente cita el Aragón, que tenía 3 compañías y 260 hombres, al Cataluña de dos compañías y 167 hombres y a las milicias de Pasto con 600 plazas; sin embargo, el estado de la división el 24 de abril, que es del que hemos sacado las anteriores cifras, y que ya lo transcribimos, contemplaba además dos compañías del Cazadores de Cádiz de 200 soldados, el escuadrón Invencible de 200 jinetes y 150 milicianos de Túquerres. Pero como el jefe realista no pudo haber reunido la totalidad de sus fuerzas, descuidando otros puntos de vital importancia como el Juanambú, Jenoy y la propia ciudad de Pasto, es probable que el Cádiz hubiera quedado en el primer sitio, el escuadrón Invencible en el segundo y los milicianos en el tercero; razón más que suficiente para dar entera credibilidad al parte español. En total mil hombres se posesionaron de las alturas de Cariaco.

También se resalta el hecho de que, contrariando todo principio de organización militar, los tres cuerpos del ejército regular de la segunda división: el Aragón, Cataluña y Cádiz, se encontraban partidos, es decir, la mitad en Pasto y la otra mitad en Quito.

Por su parte el ejército libertador, a pesar de que el factor tiempo era el determinante para alcanzar el éxito dentro del plan previsto, marchaba

lenta y pausadamente; hasta se dispuso que descansara el 7 en Consacá, pero la escasez de víveres no lo permitió. Otras hubieran sido las circunstancias si Bolívar, enterado de la destrucción del Puente de Ales, destaca una fuerte patrulla a garantizar el paso por Yacuanquer o al menos en las horas de la mañana, adelanta hasta la hacienda de Cariaco al batallón Bogotá. Tal vez no creyó que su enemigo le seguía los pasos, o pensó que podía esperarle sobre la meseta para hacer un empleo eficiente de su caballería. Cuál sería entonces su sorpresa cuando lo observó ocupando las formidables posiciones de Cariaco, cerrándole el paso y no dejándole sino dos alternativas: retirarse para maniobrar en otras direcciones o atacar en condiciones de terreno horriblemente adversas.

La primera línea de acción, pese a las circunstancias anímicas desventajosas de cualquier repliegue, la aconsejaba la prudencia y buen sentido táctico; sin embargo, no encuadraba con el espíritu impulsivo y gloria militar del Libertador. Por eso a costa de todo riesgo y confiando exclusivamente en la intrepidez de los hombres de su Guardia, optó por acometer el tremendo dispositivo de defensa enemigo: "Bien, la posición es formidable. Pero no debemos permanecer aquí, ni podemos retroceder. Tenemos que vencer y venceremos" (11).

Tan atrevida determinación de triunfar o morir, si bien puede justificarse dentro del criterio de la guerra de independencia, desde el ángulo de la con-

cepción clásica de los principios militares, es perfectamente equivocada; porque un objetivo no solamente se conquista con el combate directo, máxime cuando el enemigo ha escogido el lugar para exponerlo, sino también por medio de la maniobra, instrumento poderoso que da a quien lo utiliza, la libertad de acción necesaria para desconcertar al adversario, colocarlo en situación desventajosa y sobre todo producir resultados que en otras circunstancias demandarían gran costo de hombres y material.

A pesar de todo, como este concepto es tan amplio que cobija desde los grandes movimientos estratégicos de aproximación, hasta circunscribirse al avance táctico que antecede al asalto final, esto es, al choque cuerpo a cuerpo; a Bolívar le quedaba la posibilidad de seleccionar la mejor forma de maniobra táctica, desde la hacienda de Bomboná, hasta las posiciones realistas; aclarando que en aquella época este principio cobraba mayor importancia, como quiera que el limitado alcance de las armas de fuego daba la posibilidad de avanzar sin mayores problemas hasta menos de 100 metros de las líneas enemigas.

Para el efecto y siguiendo los mandatos que regulan la preparación del ataque, dispuso que el Coronel Barreto, con un piquete de Guías y el Teniente Coronel París, con una compañía de su batallón, reconocieran el terreno y la posición ocupada por los realistas, en sus flancos derecho e izquierdo, respectivamente. El primero, acercándose

hasta oír las voces del enemigo, descubrió una vía de acceso difícil pero que a la postre resultó ser la única que daba probabilidades de éxito; el segundo, en cambio se encontró con las profundas paredes del Cariaco, que como ya lo advertimos, son por sí solas un obstáculo imposible de superar.

Luego que recibió el informe del Coronel Barrero, y sin esperar el regreso de París, Bolívar, estructuró dos ataques: uno al parecer el principal, contra el centro del dispositivo realista por el camino a Cariaco, integrado por los batallones Bogotá y Vargas y los escuadrones 1º y 2º de Guías, bajo la conducción del General Pedro León Torres; otro de tipo secundario a cargo del batallón Rifles, al mando del General Manuel Valdés. Al batallón Vencedor y a los escuadrones de Cazadores y Húsares los dejó como reserva al frente de la hacienda de Bomboná.

Sin lugar a dudas, de los tres errores tácticos que cometió el Libertador a partir de Jenoy, y quizá el más grande de su extraordinaria historia guerrera, fue este. Pretender irrumpir frontalmente una posición enemiga, justamente por su sector menos vulnerable y a través de un obstáculo natural de las consideraciones descritas el cual estaba a merced del fuego adversario, es pecar contra la norma más elemental de la táctica ofensiva y por consiguiente arriesgar prematuramente el éxito de la batalla.

Cuando empezamos a estudiar esta acción, nos resistimos a creer la reali-

dad de su planeamiento y pretendimos justificarla en la posibilidad de que Bolívar, hubiera querido adelantar el ataque del Rifles mientras el Bogotá y el Vargas entretenían frontalmente al realista; pero cada una de las situaciones vividas durante el desarrollo inicial, dan a entender plenamente que lo que se propuso fue el choque frontal contra su doble enemigo: la naturaleza y los valientes soldados del Coronel Don Basilio García.

La orden de ataque la dio Bolívar al General Pedro León Torres, después de medio día: "Sin que almuerce la tropa, tome usted aquella altura, mientras vuelve volando con las otras fuerzas". Desafortunadamente Torres, le entendió lo contrario, mandó que la tropa hiciera pabellones y dispuso lo conveniente para la preparación del rancho. Al regresar poco después el Libertador y observar que no había sido comprendido, encolerizado quitó al General Torres, el mando de la división, dándoselo al Coronel Barreto. Pero el bravo hijo de Carora, herido en su honor, desmontó de su caballo, rompió su espada contra el suelo y replicó a su jefe: "si no soy capaz de servir a mi patria como General, le serviré al menos como granadero", y arrebatando el fusil a uno de sus soldados se puso al frente de la infantería. Conmovido Bolívar por esta escena, le restableció en el mando, dándole su propia espada para que entrara al combate (12).

Pasado este incidente, la división de vanguardia integrada por intrépidos

soldados de Bogotá, Neiva, Cali y Popayán, con su bizarro jefe venezolano a la cabeza, inició el avance. Primero intentó atacar la izquierda del dispositivo realista, pero desengañado por la naturaleza, rápidamente volvió al camino para arrojar sobre el cauce del Cariaco. A las tres y media de la tarde se rompió el fuego con la mayor intensidad de parte y parte, solo que el de los patriotas no tenía efecto por el magnífico encubrimiento de las posiciones del enemigo, en tanto que éste hacía perfecto blanco en cada uno de los hombres que, con la mayor osadía, intentaban llegar hasta el pequeño puente. "El ardor del General Torres, dice el parte de batalla, lo llevó hasta los abatidos sobre los cuales no pudo penetrar, allí nuestros esfuerzos fueron impotentes, y los fuegos del enemigo mortíferos. La metralla hacía estragos horribles en aquella impavidísima columna. Los fusileros enemigos dirigían sus fuegos con el acierto más funesto para nosotros. En media hora, el General, todos los jefes y oficiales, excepto seis, y una centena de hombres fueron muertos o heridos, sin dar un paso atrás, y antes por el contrario rechazando valerosamente cuantas tentativas hizo el enemigo por completar su destrucción. El señor Coronel Lucas Carvajal sucedió al señor General Torres, y fue igualmente herido" (13).

Tomó el mando entonces el heroico Comandante del batallón Bogotá, Teniente Coronel Joaquín París, quien perdió dos dedos de la mano derecha

pero continuó combatiendo gloriosamente, y al oír que otro jefe le reclamaba el mando, le increpó: "a mi no se me remplaza"; otra herida le arrojó a tierra exánime, por lo cual le relevó el Teniente Coronel Ignacio Luque que también cayó herido al poco tiempo. Intervino luego el Comandante del Vargas, Teniente Coronel Pedro García, que desde el comienzo del combate había sido herido y contuso en tres ocasiones: "estuvo, dice el citado documento, constantemente en el campo de batalla, mandando las reliquias de su valiente batallón y aún se le veía sentado con un fusil en la mano, batiéndose como soldado".

Se cuenta que el Libertador, quien se encontraba dirigiendo la batalla desde una gran piedra colocada a unas tres cuadras del zanjón y desde la cual se observaba apenas parte de este accidente, confiando en que sus hombres lo estaban superando exclamó: "¡Qué bien entra mi gente!", a lo cual algún oficial de su Estado Mayor le respondió: "Mi General, pero no sale" (14).

Varios, consecutivos y atrevidos debieron ser los ataques patriotas que impotentes se estrellaron contra esta muralla natural trezada de fuego; pues imposibilitado el Teniente Coronel García para continuar en el mando, debido a sus numerosas heridas, fue reemplazado por el Sargento Mayor León Galindo, éste por el de su mismo grado, Federico Valencia y así sucesivamente hasta que, aniquilada en jefes y tropas la división, impotente

tuvo que replugar su centenar y medio de sobrevivientes a la margen norte de la cañada para continuar desde allí el fuego, y contemplar sobre el fondo, el cuadro más épico y sublime, aun cuando terrible para el momento: los girones ensangrentados de los estandartes del Bogotá y el Vargas cubriendo los inertes cuerpos de sus heroicos hombres.

Aun cuando el parte republicano sostiene que esta primera fase de la batalla no duró sino media hora, el realista dice que no cesó en más de dos horas, a cuyo término los pastusos bajaron al lecho del río para capturar algunos prisioneros heridos, un estandarte y algunos fusiles y municiones (15).

De todas maneras, mientras esto acontecía en el centro del campo de combate, el batallón Rifles avanzaba penosamente por la enmarañada hondonada de La Leonera, en busca del flanco derecho enemigo, teniendo los soldados que elevar la bayoneta en el suelo para apoyarse y ascender a las alturas del cerro de Jusepe.

En las cercanías de la posición enemiga, defendida como ya vimos por cuatro compañías, el General Valdés pretendiendo envolverla, fraccionó el ataque en tres direcciones igualmente importantes: la primera compañía al mando del Teniente Coronel graduado Carlos Ramírez, a la derecha por entre un espeso bosque; la segunda a órdenes del de igual grado Thomas Wright por la izquierda y el resto del batallón a órdenes de su jefe Arthur Sanders, continuó frontalmente. Esta acertada

distribución del asalto, a pesar de que dificultaba la reunión de los hombres, pudo realizarse coetaneamente y sorprender un tanto al realista que no había podido observar el movimiento.

Si el ímpetu fue violento por parte del más veterano cuerpo de la Guardia, la resistencia del Teniente Coronel Ramón Castilla, fue igualmente tenaz y decidida; pero obligado a ceder terreno, tuvo que solicitar apoyo a su Comandante.

El Coronel García, notificado por su ayudante del inminente peligro que se cernía sobre su flanco derecho y retaguardia, dejando encomendada la defensa del camino a su jefe de Estado Mayor, Coronel Don Pantaleón del Hierro, acudió personalmente con dos compañías del batallón Aragón. Demasiado tarde resultó su esfuerzo; el Rifles, dando cada vez más vigor al choque, había desalojado a los defensores de la altura y el pabellón colombiano clavado por su abanderado en la cúspide del cerro Catambuquillo, flameaba victorioso. El realista tuvo que limitarse a contener los dispersos para evitar una fuga desordenada.

Desafortunadamente para los republicanos, este triunfo parcial que costó al Rifles 50 bajas, ocurrió cuando las sombras de la noche empezaban a cubrir el campo y como los patriotas desconocían el terreno y se encontraban muy fatigados por el esfuerzo realizado, tuvieron que suspender el ataque. Sin embargo, Bolívar, desde la sabana alcanzó a columbrarlo como una esperanza; entusiasmado empeñó

el batallón de reserva, con el ánimo de explotar el éxito y de romper frontalmente de una vez por todas la posición enemiga, defendida ahora por solo una compañía de Aragón y dos de Pasto, ya que una de este último cuerpo había tenido que retirarse escasa de municiones.

Pasando sobre los tibios cadáveres de sus compañeros del Bogotá y Vargas, los valientes soldados del batallón Vencedores de Boyacá, acometieron con violencia las trincheras y parapetos. Pero allí donde no pudo el heroísmo granadino durante dos horas de fiero combate, tampoco logró nada el venezolano en veinte minutos. El intrépido Teniente Coronel José I. Pulido, tuvo que replegarse al área de reserva no sin antes haber perdido 80 hombres, entre ellos al bravo Capitán Manuel Murillo.

De tal suerte, la posición de las fuerzas republicanas al suspenderse el fuego por la llegada de la noche era la siguiente: "el batallón Rifles en el campo del enemigo que ocupaba su derecha; el Vencedor en la posición de la tarde anterior frente a su centro y la caballería a retaguardia" (16).

Mientras tanto en el sector realista, el Coronel Pantaleón del Hierro, que denodadamente había cumplido la orden de defender la posición hasta la bayoneta, viendo que Don Basilio García, no aparecía por parte alguna y presintiendo que los independientes le habían cortado la retirada, a las dos de la mañana en medio de torrencial aguacero, optó por retirarse organiza-

damente a la hacienda La Guaca, donde al amanecer se encontró con su jefe, quien había logrado escapar de caer prisionero gracias a la suspensión del ataque del Rifles y a la oscuridad.

Al día siguiente Bolívar, quien debido a la retirada enemiga pudo avanzar a la hacienda de Cariaco, con el fin de evitar la depresión anímica de sus hombres, justificar el heroísmo y satisfacerse espiritualmente, ascendió a Valdés y a Torres a Generales de División, a Barreto a General de Brigada, a París, Sanders, García, Carvajal y Murqueitio a Coroneles y a otros subalternos al grado inmediatamente superior. Así mismo concedió honores y varios estímulos a sus tropas.

El Coronel Basilio García, también recomendó a su inmediato jefe, el Sargento Mayor Domingo Alonso y al presbítero Félix Liñán y Haro, artilleros que con sus piezas causaron los mayores destrozos a los independientes; así como a su jefe de Estado Mayor, a su ayudante Capitán Luis Pastor, a las compañías 3ª y 5ª de Aragón, en fin a todas sus tropas y fieles pastusos.

Pasemos ahora a sumar los resultados humanos, materiales y morales de la acción, junto con los posteriores sucesos inmediatos, para enmarcados hasta donde es posible en la situación imperante, poder hacer una juiciosa y reflexiva apreciación de sus consecuencias en la guerra por la independencia del Sur de la República de Colombia.

Por el lado patriota, de los 2.000 hombres que aproximadamente tenía

la Guardia al entrar al combate, el diario histórico del Estado Mayor General Libertador del 8 de abril, dio los siguientes datos: muertos: un Capitán, 8 oficiales y 107 soldados; heridos: 1 General, 1 Coronel 6 Tenientes Coroneles, 16 oficiales y 317 soldados. Otro parte posterior, citado por José Manuel Restrepo, da la cifra global de 174 muertos y 357 heridos, pero éste expresa que tales cifras estaban disminuidas. En nuestro concepto compartimos la apreciación del autor de "La Historia de la Revolución Colombiana", no solo por su fidelidad, sino porque los documentos públicos militares generalmente no revela datos inconvenientes que puedan ocasionar trastornos psicológicos en las propias tropas; menos estos de Bomboná, en los cuales el Libertador, puso especial atención por presentarlos expresando la más nítida victoria. Existen además los testimonios de los Coroneles Joaquín París, Pedro Antonio García y Antonio Obando, que respaldan nuestra afirmación; el primero sostuvo que su cuerpo había perdido 200 hombres, el segundo que no había podido reunir la mitad y el tercero nos dejó la siguiente constancia:

"Al día siguiente (8 de abril) se me comunicó la orden de reunir los restos de la división de vanguardia y que presentara el estado de su fuerza, el cual alcanzó a ciento sesenta hombres, resto de los 1.100 de que constaba el día anterior.... Observando que en la redacción (del boletín) no encontraba Bolívar expresiones con qué elo-

giar a los suyos de valentía e intrepidez, etc., cuando no habían combatido y de nosotros los granadinos solo decía 'cumplieron con su deber'.... no pude resistir a su inconsecuencia y favoritismo por los venezolanos en desdoro nuestro y le dije al General Bolívar: "Todavía me querrá negar que hay de parte de V. E. una decisión tan conocida por los venezolanos y en contra de nosotros los granadinos? no puedo concebir cómo es que se hayan portado mejor en el combate de ayer los que no se batieron, y si se batieron algunos fue un cuarto de hora, como el batallón Vencedores, que entró en la batalla cerca de las seis de la tarde, y sin embargo, perdió 50 hombres y el Capitán Luque herido y los que combatieron dos y media horas apenas cumplieron su deber? Tuvimos un fuerte altercado, y yo, que perdí el juicio, me avancé a decirle que ni un Cabo de escuadra habría dado aquella batalla en donde solo por capricho se habían sacrificado 900 granadinos" (17).

El Coronel Basilio García, señala sus bajas en 29 muertos y 60 heridos, las que también debieron ser superiores si nos atenemos al vigoroso ataque del batallón Rifles.

En resumidas cuentas, las bajas republicanas alcanzaron el 50% de sus efectivos y las realistas no llegaron al 10%.

Situados el Libertador en la hacienda de Carizaco y el Coronel García en la de La Guaca, cada uno por su parte pretendió arrogarse la victoria; el pri-

mero fundamentado en la posesión del campo enemigo, el segundo en las bajas ocasionadas. Pero lo cierto es que los dos quedaron debilitados, (el realista por la dispersión de los pastusos, quienes regresaron a sus casas), que tuvieron que apelar a los buenos oficios, iniciándose entonces generosa pero decisiva batalla diplomática.

La iniciativa partió de ambos; mientras Bolívar, en medio del macabro paisaje, despachaba un oficial parlamentario al Coronel García, con la proposición de un armisticio por el término de cuatro días, tiempo que juzgaba suficiente para enterrar muertos, organizar hospitales, enviar los heridos más graves a retaguardia y sobre todo reforzarse con tropas colecticias del Cauca, que estaban en marcha; el astuto realista le enviaba una hidalga pero incidiosa carta en la cual, a más de mostrarle su sensibilidad por la sangre derramada el día anterior, le manifestaba que él se encontraba con su ejército completo listo a contenerlo, le informaba de triunfos guerrilleros sobre las líneas de comunicaciones patriotas en el Patía, así como una presunta derrota de 400 hombres de Guayaquil, en Angamarca. Es decir, Don Basilio, buscaba en medio de su crítica situación, detener psicológica y provisionalmente al Libertador, para ganar tiempo de reunir a los dispersos pastusos y abastecerse de municiones. La nota concluía con estas generosas frases: **"Remito a V.E. las banderas de los batallones Bogotá y Vargas. Yo no quiero conservar un trofeo que em-**

paña las glorias de dos batallones de los cuales se puede decir que, si fue fácil destruirlos, ha sido imposible vencerlos" (18).

Bolívar, le contestó agradeciéndole su benevolencia, suplicándole el buen trato de los guerrilleros a los prisioneros heridos y señalándole la inutilidad de los sacrificios españoles, en atención a la uniforme voluntad de América por su independencia. Respondiéndole Don Basilio, que el armisticio no estaba dentro de su autoridad pero que mientras consultaba a Quito, el ejército independiente debía regresar al norte del Juanambú, para lo cual él garantizaba no hostilizarlo durante la marcha.

El día 9, el Libertador resolvió enviar al campo realista al Coronel Juan Paz del Castillo, con el ánimo de obtener por las vías diplomáticas lo que no pudo por las militares: un armisticio con los ejércitos en las actuales posiciones o permiso para pasar el Guáitara hacia la provincia de los Pastos. Como obviamente ninguno fue concedido, aceptó volver con sus fuerzas al norte del Juanambú siempre y cuando lo pudiera hacer por el camino de Pasto. García aceptó esta última proposición, condicionada a la voluntad del cabildo de la ciudad, cuya consulta garantizó un armisticio provisional de 4 días. Al respecto dice Don Basilio: "A mi me convenía dejarlo volver atrás por que le había llegado refuerzo a Popayán: la tropa que yo tenía no era suficiente para emprender acción en donde se había acampado:

las municiones se me habían concluído, no quedándome más que seis mil tiros que ya estaban distribuídos a la tropa, había pedido 30.000 a Quito, y sabía que habían interceptado aquella correspondencia, razón porque anhelaba que se separasen de Pasto, dándole paso aunque fuera por la ciudad, pero con mi idea a ésta se recogió todo el plomo y se fundieron 12.000 balas, que pólvora tenía suficiente, y luego ya no temía que me atacase Bolívar por segunda vez" (19).

Como el cabildo de Pasto se negó rotundamente a permitir el tránsito de las tropas patriotas por la ciudad, al tiempo que las realistas quedaban en condiciones de combatir, toda la correspondencia que siguió no tuvo otro fin que el de enterrar sucesivamente cada una de las pretensiones de Bolívar, hasta el punto de quedar a merced de la voluntad realista; ni siquiera se le permitió el paso de sus comisionados de paz a Quito, hasta tanto no retrogradara al norte del Juanambú.

No tuvo el Libertador, otro camino que el de retroceder por la misma vía. Sin embargo en espera de refuerzos o noticias de Sucre, permaneció en Consacá hasta el 16 de abril, habiendo despachado el día anterior al General Barreto a apresurar la marcha de Lara, con los reclutas de Bogotá. Pero completamente abandonado de la fortuna y como él mismo lo afirma "con la más dolorosa repugnancia y casi humillado", el 17 emprendió la marcha hasta la hacienda Segura, cerca a la de Sandoná.

Antes de partir de Consacá escribió al Coronel García, recomendándole atención y buen trato a los 200 heridos que dejaba en este sitio, especialmente al General Torres y Capitán Murillo; para lo cual envió 2.000 pesos y autorizó la permanencia de un facultativo que se encontraba prisionero. No fue inferior en generosidad Don Basilio; al volver a ocupar el área, proporcionó todos los medios para el restablecimiento de estos infortunados héroes y particularmente al General Torres, con todas las consideraciones de su rango militar, dignidad humana y estado de salud; lo hizo trasladar al pueblo de Yacuanquer, y sus propias hijas intentaron por varios días curar sus heridas. Desafortunadamente el disparo que recibió en la cabeza era bastante grave y lo llevó al sepulcro, siendo enterrado en la iglesia parroquial. He aquí su partida de defunción:

"En veinticuatro de agosto de 1822, dí sepultura eclesiástica al cadáver del ciudadano Pedro León Torres, General de los ejércitos de Colombia, natural de Venezuela; su país la ciudad de Carora. Murió auxiliado de los Santos Sacramentos. Para que conste firmo: Manuel de la Portilla" (20).

El Libertador, al tener conocimiento en Guayaquil del fallecimiento del General Torres, se conmovió profundamente: "Cuántos sacrificios por esta causa de nuestro corazón! con la muerte de Torres hemos perdido a un compañero digno de nuestro amor, el ejército un soldado de gran mérito y la

República uno de sus hombres de esperanza para el día de la paz”.

La retirada del ejército libertador, pese a las promesas del español, estuvo continuamente hostilizada por dos compañías de Aragón y tres de Pasto, actitud que aumentó especialmente el día 19 al pasar por frente a Jenoy, donde soportando el intenso frío y la lluvia, las reliquias sobrevivientes del batallón Bogotá, estoica y valerosamente rechazaron cada uno de los ataques; las tropas acamparon en Cerro Gordo.

Al día siguiente, las fuerzas realistas intentaron flanquear la derecha de las independientes, pero luego de una hora de sostenido fuego, fueron rechazadas a sus posiciones. El 29, la columna llegó al Peñol, donde debido al precario estado de salud de Bolívar, descansó quince días, a la vista del enemigo situado sobre las laderas de Molinos de Aco.

De este punto, luego de contestar enérgica y dignamente una descomedida y burlona carta de Don Basilio, el Libertador, por escasez de víveres tuvo que repasar con sus tropas el Juanambú, el 10 de mayo, no sin antes haber provocado al combate al realista sin resultados. El 12 los independientes acamparon en Taminango, el 14 cruzaron el río Mayo y el 16 pasaron por Mercaderes, a donde llegaron parte de los refuerzos despachados de Bogotá por el General Santander, 400 reclutas. Días más tarde a órdenes del Coronel Jacinto Lara arribaron el resto recibiendo en esta forma la Guardia,

un refuerzo de 879 hombres de más de mil enviados de la capital. En esta cifra están incluidos también algo más de 200 que desde Panamá trajo el Comandante Castro.

El ejército patriota quedó de esta manera en condiciones de pasar a la ofensiva, aun cuando las desertiones y enfermedades lo siguieron diezmando considerablemente. Pero Bolívar, con sobradas razones no quiso comprometer otra campaña y a finales de mayo, en busca de un clima conveniente, trasladó su Cuartel General al Trapiche, a donde llegó el Capitán Fidel Pombo, con noticias de la ocupación de Cuenca por las fuerzas conjuntas del Perú y Colombia a órdenes del General Sucre.

El Coronel Basilio García, por su parte, después de organizar convenientemente las guerrillas patianas y pastusas al norte y sur del Juanambú, se retiró a Pasto, desde donde envió al batallón Cataluña a la provincia de los Pastos, con el doble propósito de facilitar su subsistencia y estar a la expectativa de marchar a Quito.

Desprendiéndonos de cualquier consideración romántica de la historia, así como de una malentendida interpretación de la epónima figura del Padre de la Patria, sinceramente creemos que la campaña de Bomboná, con todas sus consecuencias concluyó de esta manera. Porque como lo observamos más adelante, los sucesos posteriores que remataron con la capitulación de Pasto, fueron producto directamente de las operaciones realizadas por Sucre en el

Ecuador, que culminaron magníficamente en Pichincha.

Si para complementar mejor esta realidad histórica nos adentramos un poco en el análisis de los factores que tipifican el éxito de cualquier empresa militar, necesariamente encontramos como primer fundamento, los objetivos tácticos, estratégicos o políticos, cuya posesión constituye en sí misma la mejor expresión de la victoria. Sobre el particular y atendiéndolos al desarrollo de la campaña, Bolívar pudo fijarse tres: 1) la destrucción de la 2ª división realista de Pasto; 2) la captura de la ciudad; 3) burlar el dispositivo adversario para seguir por la provincia de los Pastos a Quito. Pero en honor a la absoluta fidelidad, cuál de estos pudo obtener?

En cambio el jefe realista, cuya misión principal consistía en evitar el paso del ejército independiente hacia Quito, conservar la ciudad de Pasto y en general la provincia; a pesar de la penetración republicana en aquel territorio, pudo cumplirla eficientemente.

Por otra parte, si admitimos como lo afirman algunos, que el objetivo que se propuso Bolívar, fue el de distraer a las fuerzas de Pasto para que no pudieran apoyar a Quito, tampoco lo logró, porque el Coronel Basilio García, a mediados de mayo ordenó que el batallón Cataluña marchara a esa ciudad en refuerzo de Aymerich; y si no pudo llegar a tiempo para la batalla de Pichincha, se debió como lo veremos más adelante a factores previsivos de Sucre. Además cabría preguntarnos, si para

el cumplimiento de este fin, habría sido necesaria una batalla de las proporciones descritas.

Aclaremos sin embargo que este argumento resulta contrario a los hechos y criterio del jefe republicano, ya que cuando quiso llevar el esfuerzo principal por Guayaquil, la misión de distracción la previó para el Coronel París, con 300 reclutas de Popayán.

Pasando al terreno exclusivamente táctico, es verdad que a costa de inmenso sacrificio el Libertador quedó dueño del campo de combate enemigo; pero éste, sagaz y astuto como el que más, se retiró a otra posición de retaguardia para esperarlo, pues más le interesaba el cumplimiento de su objetivo primordial que la vanidad de retener el terreno de Cariaco.

A pesar de todo, Don Basilio García, en los meses de abril y mayo tampoco pudo comprometerse en un ataque decisivo para explotar el éxito parcial de Bomboná, por una condición esencial: la dimensión genial de Bolívar, a quien nadie pudo nunca derrotar completamente; quizá porque la guerra para él, apenas era un instrumento, un medio de alcanzar su gran objetivo político y por consiguiente, era el único que podía sacar partido de una derrota. Por eso, alborozadamente reconocemos que si esta batalla no tuvo repercusiones negativas dentro del marco general de la guerra de independencia del Sur de Colombia, se debió fundamentalmente a él, quien por tener la visión más amplia del curso de los acontecimientos

de América, cuya mente prodigiosa colubraba los horizontes del tiempo, logró en medio del infortunio mantener sus fuerzas en condiciones de lucha, animarlas con sentimientos heroicos y sobre todo hacer que se consideraran victoriosas después de la derrota. Esta tenacidad, esta asombrosa capacidad

para soportar los reveses, esta inquebrantable fe en la victoria final, fueron las circunstancias morales que ubicaron su figura en el pedestal más alto de la gloria guerrera. ¿Algún otro habría supervivido con su ejército después de luchar contra las fuerzas conjuntas de la naturaleza y del hombre?

NOTAS

- (1) O'Leary Memorias — XIX — 129.
- (2) O'Leary Memorias — XIX — 155.
- (3) Archivo Santander — VIII — 69.
- (4) Cartas de Bolívar, Lecuna — III — 27.
- (5) Archivo Santander — VIII — 39.
- (6) Estado de la 2ª División Española 24 de abril de 1822, Agustín Agualongo y su Tiempo — Sergio Elías Ortiz — 404.
- (7) Archivo Santander — VIII — 267.
- (8) Recuerdos Históricos. Coronel Manuel Antonio López — 69.
- (9) Este camino indígena existió según tradición de varias personas de la región y hoy desde Cajamba, todavía se puede observar en algunos tramos.
- (10) El puente sobre el río Cariaco no era por sí mismo punto crítico, pues la corriente puede cruzarse por cualquier parte. El verdadero obstáculo era todo el zanjón. Sin embargo el hecho de que el Coronel García no destruyera el puente, da margen para pensar que lo hizo con el propósito de atraer al ejército patriota a ese lugar.
- (11) Memorias de O'Leary — XIX — 243.
- (12) Este incidente aun cuando por circunstancias obvias no lo traen los partes oficiales de batalla, es verídico, como quiera que de una u otra forma lo narran varios testigos oculares o personales que tenían porqué haberlo conocido, entre ellos M.A. López, Tomás C. de Mosquera y José María Obando.
- (13) Memorias de O'Leary — XIX — 237.
- (14) El Libertador Simón Bolívar. Nemeciano Rincón — 149 — atención de este autor a un escritor de Higinio Muñoz, testigo presencial.
- (15) El Libertador Simón Bolívar. Nemeciano Rincón — 199. Parte de batalla del Coronel García al General Juan de la Cruz Mourgeon.
- (16) Memorias de O'Leary — 238.
- (17) Autobiografía. Antonio Obando — citado por Rafael Villamizar en la Crítica de Historia de Colombia — 596.
- (18) Recuerdos Históricos, Coronel Manuel Antonio López — 73. En la carta publicada posteriormente por don Basilio García en La Habana, omite esta frase, señalando en su lugar la siguiente: "Remito con el conductor la bandera del Bogotá que la suerte de la guerra puso en mis manos, habiendo quedado el asta en los puntos de defensa y el abanderado muerto en el campo del honor".
- (19) El Libertador Simón Bolívar. Nemeciano Rincón — 163.
- (20) Libro Primero de Defunciones Yacuanquer.